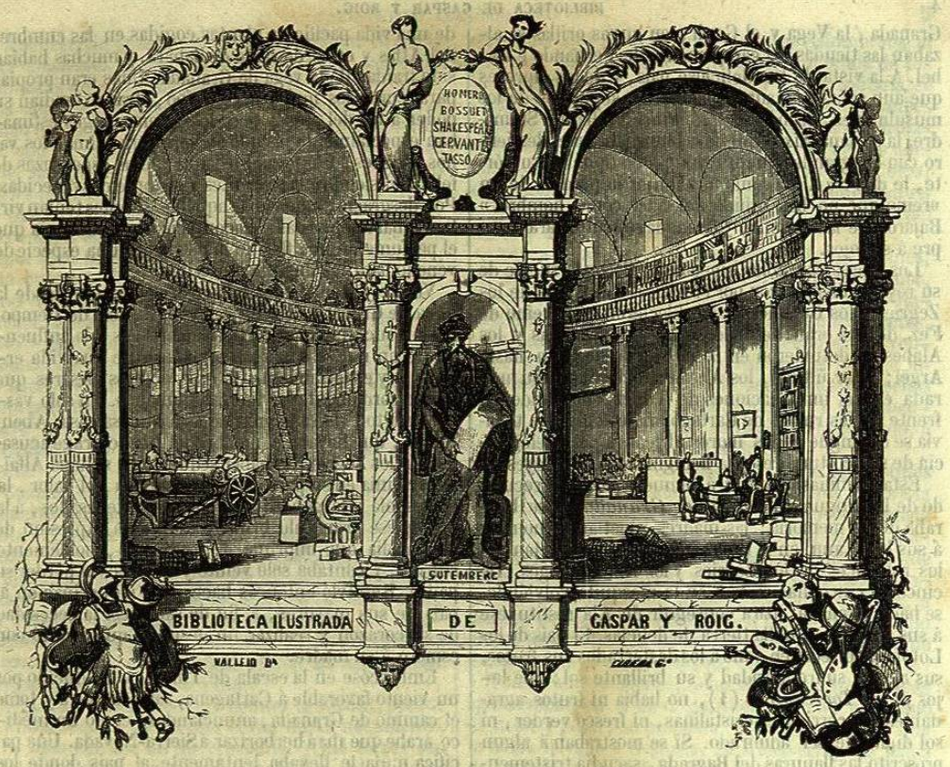

EL ÚLTIMO ABENCERRAGE.

ADVERTENCIA.

Las Aventuras del último Abencerrage fueron escritas há cerca de veinte años: el retrato que en ellas he trazado de los españoles explica bastante el por qué esta nueva edicion no ha podido ser impresa bajo el gobierno imperial. La resistencia de los españoles á Bonaparte, resistencia por parte de un pueblo inerme á un conquistador que habia vencido los mejores soldados de Europa, excitaba entonces el entusiasmo de todos los corazones capaces de apreciar los grandes rasgos de abnegacion y los nobles sacrificios. Las ruinas de Zaragoza humeaban todavía, y la censura no hubiera permitido unos elogios en que hubiera descubierto con razon un oculto interés hácia las víctimas. La pintura de las antiguas costumbres de Europa, los recuerdos de la gloria de otros dias y los de la córte de nuestros mas brillantes monarcas, no hubieran sido gratos á la censura, que por otra parte empezaba á arrepentirse de haberme dejado hablar tantas veces de la antigua monarquía y de la religion de nuestros padres; los muertos que sin cesar evocaba, infundian bastante recelo á los vivos. Colócase á veces en los cuadros algun personaje deforme, para hacer resaltar la hermosura de los demás; pero en esta obra he querido pintar tres hombres de un carácter igualmente elevado, si bien no superiores á la naturaleza, y conservando con sus pasiones, las costumbres y hasta las preocupaciones de sus respectivos paises. El carácter de la mujer está diseñado sobre las mismas proporciones, porque es muy justo que el mundo de las quimeras, cuando nos trasladamos á él, nos indemnice de los disgustos del mundo real.

Fácilmente se echará de ver que esta es la obra de un hombre que ha experimentado las amarguras del destierro, y cuyo corazon pertenece por entero á su patria.

He tomado en los mismos lugares las vistas de Granada, de la Alhambra, y de esa mezquita transformada en iglesia, porque no es otra cosa la catedral de Córdoba. Estas descripciones son una especie de adicion á un fragmento de la última parte del *Itinerario de Paris á Jerusalem*.

Hay en esta obra frecuentes alusiones á la historia de los Zegries y Abencerrages, tan conocida que he creido inútil hacer un bosquejo de ella en esta *advertencia*. Esta novela contiene los pormenores que bastan para la inteligencia del texto.

Cuando Boabdil, último rey de Granada, se vió obligado á abandonar el reino de sus padres, se detuvo en la cima del monte Padul, desde donde se descubria el mar en que el desventurado monarca iba á embarcarse para el Africa; descubríase tambien á

Granada, la Vega y el Genil, en cuyas orillas se alzaban las tiendas del campamento de Fernando é Isabel. A la vista de tan delicioso país, y de los cipreses que aun señalaban aquí y acullá los sepulcros de los musulmanes, Boabdil rompió en acerbo llanto. Su madre, la sultana Aixa, que le acompañaba en el destierro con los grandes que un tiempo componian su córte, le dijo: «Llora como una mujer la pérdida de un »reino que no has sabido defender como hombre.» Bajaron de la montaña, y Granada se ocultó para siempre á sus ojos.

Los moros españoles que compartieron la suerte de su rey, se dispersaron por el Africa. Las tribus de los Zegries y los Gomeles se establecieron en el reino de Fez, de que eran descendientes. Los Vanegas y los Alabes se detuvieron en la costa, desde Oran hasta Argel; y por último, los Abencerrages fijaron su morada en las inmediaciones de Túnez, formando en frente de las ruinas de Cartago una colonia que todavía se distingue de los moros africanos por la elegancia de sus costumbres y la benignidad de sus leyes.

Estas familias llevaron á su nueva patria el recuerdo de la antigua. El *Paraiso de Granada* no se borraba de su memoria; las madres repetian su nombre á sus hijos aun en la lactancia, y los adormecian con los romances de los Zegries y los Abencerrages. De cinco en cinco dias oraban en la mezquita volviéndose hácia Granada, para conseguir de Alá restituyese á sus elegidos aquella tierra de delicias. El país de los Lotófagos ofrecia en vano á los desterrados sus frutos, sus aguas, su frondosidad y su brillante sol; que lejos de las *Torres rojas* (1), no habia ni frutos agradables, ni corrientes cristalinas, ni fresco verdor, ni sol digno de ser admirado. Si se mostraban á algun proscrito las llanuras del Bagrada, sacudia tristemente la cabeza y exclamaba suspirando: «¡Granada!»

Los Abencerrages conservaban especialmente el mas tierno y fiel recuerdo de la patria, pues habian dejado con mortal amargura el teatro de su gloria, y las márgenes que tantas veces hicieran resonar á este entusiasta grito de guerra: «¡Honor y Amor!» No pudiendo ya manejar la lanza en los desiertos, ni cubrirse con el casco en una colonia de labradores, habíanse consagrado al estudio de los simples, profesion tan estimada entre los árabes como la de las armas. Así, pues, la raza guerrera, que en otro tiempo abria heridas, ocupábase ya en el arte precioso de curarlas; en lo cual conservaba algo de su primitivo genio, porque los caballeros acostumbraban curar por sí mismos las heridas del enemigo que habian derribado.

La cabaña de esta familia, antigua posedora de suntuosos palacios, no estaba situada entre las de los demás desterrados, al pié del monte Mamelife, sino entre las mismas ruinas de Cartago, á orillas del mar, en el lugar donde San Luis murió en su lecho de ceniza, y donde se ve en la actualidad una ermita mahometana. De las paredes de la cabaña pendian escudos de piel de leon, que ostentaban sobre campo azul dos salvajes que derribaban una ciudad con sus mazas; en derredor de esta divisa se leian estas palabras: «*¡Que bagatela!*» armas y divisa de los Abencerrages. Veianse lanzas adornadas de pendones blancos y azules; albornoces y casacas de raso acuchilladas, detrás de los escudos, y brillaban en medio de las cimitarras y las dagas. Veianse tambien colgados en desórden guantes de batalla, frenos incrustados de piedras preciosas, anchos estribos de plata, largas espadas, cuya vaina habia sido bordada por la mano de princesas, y espuelas de oro que las Yseult, las Genievres y las Orianas calzaran en dias mas felices á denodados paladines.

Al pié de estos trofeos de gloria, mostrábanse los de una vida pacífica: plantas cogidas en las cumbres del Atlas y en el desierto de Zahara, y muchas habian sido traidas de la vega de Granada. Unas eran propias para curar los males del cuerpo, otras extendian su poder á los del alma; pero los Abencerrages estimaban especialmente las que servian para calmar los vanos pesares, las locas ilusiones y esas esperanzas de felicidad siempre renacientes y siempre desvanecidas. Por desgracia, muchos de aquellos simples tenian virtudes harto opuestas, y acontecia con frecuencia que el perfume de una flor de la patria era una especie de veneno para los ilustres proscritos.

Veinte y cuatro años habian transcurrido desde la toma de Granada. En este breve espacio de tiempo, habian sucumbido catorce abencerrages á la influencia de un nuevo clima, á los azares de una vida errante, y especialmente á esos ocultos pesares que minan sordamente las fuerzas humanas. Un solo vástago era toda la esperanza de esta famosa casa. Aben-Hamet, que llevaba el nombre del Abencerrage acusado por los Zegries de haber seducido la sultana Alfaïma, reunia en su persona la hermosura, el valor, la cortesanía y la generosidad de sus antepasados, á la par de ese tranquilo brillo y esa ligera expresion de melancolía que imprime el infortunio, noblemente sufrido, y contaba solo veinte y dos años al perder su padre. Resolvió entonces hacer una peregrinacion al país de sus mayores, á fin de satisfacer la necesidad de su corazon y realizar un designio que ocultó con esmero á su madre.

Embarcóse en la escala de Túnez, y conducido por un viento favorable á Cartagena, saltó en tierra y tomó el camino de Granada, anunciándose como un médico árabe que iba á herborizar á Sierra-Nevada. Una pacífica mula le llevaba lentamente al país donde los Abencerrages volaban en otro tiempo caballeros sobre belicosos corceles; precedíale un guia, conduciendo otras dos mulas adornadas de cascabeles y de moños de lana de diferentes colores. Aben-Hamet atravesó los vastos matorrales y los bosquecillos de palmeras del reino de Murcia, y juzgando por su vejez que habian sido plantadas por sus padres, apoderóse de su corazon honda amargura. Aquí se elevaba una torre donde velaba el centinela en tiempo de la guerra de los moros y los cristianos; allí se dejaba ver una ruina cuya arquitectura anunciaba su orígen morisco: nuevo motivo de dolor para el Abencerrage, que se apeaba de su mula, y bajo pretesto de buscar ciertas plantas, se ocultaba en aquellos tristes despojos del tiempo, para dar rienda suelta á sus lágrimas. Volvia luego á emprender su camino, abismado en mil ideas fantásticas, al estrépito de las campanillas de la caravana y al monótono canto de su guia, que no interrumpia su largo romance sino para animar sus mulas, apellidándolas *gallardas* y *valerosas*, ó para increparlas con los nombres de *perezosas* y *tercas*.

Los rebaños de carneros que un pastor conducia por las amarillas é incultas llanuras, y algunos aislados viajeros, lejos de esparcir la animacion y la vida en el camino, servian únicamente para hacerlo mas triste y desierto. Todos aquellos viajeros ceñian una larga tizona, se cubrian con su capa, y un ancho sombrero inclinado hácia delante les cubria medio rostro. Saludaban al paso á Aben-Hamet, que solo distinguia en aquel noble saludo los nombres de *Dios señor* y *caballero*. Cuando cerraba la noche, el Abencerrage se sentaba en la *venta*, en medio de los extranjeros, sin que le ofendiese una indiscreta curiosidad, pues nadie le hablaba ni le dirigia pregunta alguna, porque ni su turbante, ni su traje, ni sus armas excitaban la menor admiracion. Puesto que Alá habia querido que los moros de España perdiesen su hermosa patria, Aben-Hamet no podia dejar de estimar á los graves conquistadores.

Mas vivas aun eran las emociones que esperaba

(1) Torres del palacio de Granada.

al Abencerraje al término de su excursion. Granada está construida al pié de Sierra-Nevada, sobre dos enhiestas colinas, separadas por un profundo valle. Las casas, situadas en el declive de las colinas, en el fondo de aquel, dan á la ciudad el aspecto y la forma de una granada entreabierta, circunstancia á que debe su nombre. Dos rios, el Genil y el Darro, de los cuales el uno arrastra pajillas de oro, y el otro arenas de plata, bañan el pié de las colinas, y se reunen y serpentean en una llanura encantadora, llamada la *Vega*. Esta llanura, sobre la cual descuella Granada, está cubierta de viñedos, granados, higueras, moreras y naranjos, y rodeada de montañas de forma y color admirables. Un cielo encantado y un ambiente puro y delicioso abisman el alma en una secreta languidez, de que cuesta trabajo librarse al viajero que no hace sino pasar. Echase bien de ver que en semejante país las pasiones tiernas hubieran sofocado en breve las pasiones heróicas, si el amor, para ser verdadero, no necesitase siempre apoyarse en la gloria.

Cuando Aben-Hamet descubrió los remates de los primeros edificios de Granada, su corazon palpitó con tanta violencia que se vió precisado á detener su mula; así es que, cruzando los brazos sobre el pecho y fijos sus ojos en la sagrada ciudad, permaneció mudo é inmóvil. El guia se detuvo á su vez; y como un español comprende fácilmente todos los sentimientos elevados, mostróse conmovido y adivinó que el moro pensaba en su antigua patria. El Abencerraje rompió al fin su silencio y dijo:

—¡Guia, sé feliz! No me ocultes la verdad, porque la calma reinaba en las olas el dia de tu nacimiento, y la luna entraba en su creciente. ¿Qué torres son esas que brillan á manera de estrellas sobre aquel frondoso bosque?

—Es la Alhambra, repuso el guia.

—¿Y ese otro castillo que descuella sobre esa colina?

—Es el Generalife; hay en ese palacio un jardin plantado de mirtos, donde es fama que un abencerraje fue sorprendido con la sultana Alfaïma. Mas allá verás el Albaycin, y mas cerca de nosotros las Torres rojas.

Cada palabra del guia desgarraba el corazon de Aben-Hamet. ¡Cuán cruel es haber de recurrir á los extranjeros y para conocer los monumentos de nuestros padres, y hacerse narrar por hombres indiferentes la historia de nuestra familia y nuestros amigos! El guia, interrumpiendo las reflexiones de Aben-Hamet, exclamó: «Marchemos, señor moro; ¡Dios lo ha que»rido así! Cobrad aliento. ¿No está hoy mismo pri»sionero en nuestro Madrid Francisco I? ¡Dios lo ha dispuesto!» Esto dicho, descubrió su cabeza, santiguóse, y espoleó sus mulas. El Abencerraje hizo lo mismo con la suya, y exclamó: «¡Estaba escrito!» y se encaminaron á Granada.

Pasaron cerca del grueso fresno, célebre por el combate de Muza y del gran maestre de Calatrava, en tiempo del último rey de Granada. Dieron la vuelta al paseo de la almeda, y entraron en la ciudad por la puerta de Elvira. Subieron á la Rambla, y llegaron poco despues á una plaza rodeada por todas partes de casas de arquitectura morisca. En la plaza se veia un kan construido por los moros de Africa, á quienes el comercio de sedas de la Vega atraia en considerable número á Granada. El guia condujo al kan á Aben-Hamet.

Este se sentia harto agitado para disfrutar un poco de reposo en su nueva vivienda: la patria le atormentaba. No pudiendo hacerse superior á los sentimientos que agitaban su corazon, salió á media noche para vagar por las calles de Granada, procurando reconocer con sus ojos y sus manos algunos de los monumentos que tantas veces le habian descrito los ancianos. Tal vez aquel alto edificio cuyas paredes vislumbraba al traves de las tinieblas, era la antigua morada de los Abencerrajes; tal vez, en aquella plaza solitaria se celebraban las fiestas que levantaran hasta las nubes la gloria de Granada. Por allí pasaban las cuadrillas soberbiamente vestidas de brocados; mas allá se adelantaban las galeras cargadas de armas y de flores, los dragones que vomitaban fuego y que ocultaban en su seno ilustres guerreros: ingeniosas invenciones del placer y de la galantería.

¡Mas, ay! en vez del marcial sonido de los añafiles, del eco de las trompetas y de los cantos del amor, reinaba un silencio profundo en torno de Aben-Hamet. La muda ciudad habia cambiado de habitantes, y los vencedores descansaban en el lecho de los vencidos. «¡Los altivos españoles, exclamó el jóven é in»dignado moro, duermen á la sombra de los techos »de que han desterrado á mis abuelos! ¡Y yo, Aben»cerraje, velo desconocido, solitario y abandonado, á la puerta del palacio de mis padres!»

Y reflexionaba sobre la instabilidad de los destinos humanos, sobre las vicisitudes de la fortuna, sobre la caida de los imperios, y en fin, sobre aquella Granada sorprendida por sus enemigos en medio de sus placeres, y trocando repentinamente sus guirnaldas de flores por rudas cadenas; parecíale ver á sus pobladores abandonando sus hogares en traje de fiesta, á manera de los convidados que en medio del regocijo de un banquete, son de improviso espulsados por un incendio, de la sala del festin.

Todas estas imágenes, todos estos pensamientos se aglomeraban en el alma de Aben-Hamet, que lleno de dolor y pesar, se proponia realizar el proyecto que le habia llevado á Granada. El Abencerraje se habia extraviado, y se hallaba lejos del kan en un retirado arrabal de la ciudad. Todo dormia; ningun rumor interrumpia el silencio de las calles; las puertas y las ventanas estaban cerradas, y solo el canto delgallo anunciaba en la habitacion del pobre la vuelta delos trabajos y los pesares.

Despues de haber vagado mucho tiempo sin serle posible volver á hallar su primer camino, Aben-Hamet oyó entreabrirse una puerta, y fijando en ella su vista, vió salir una jóven vestida casi como esas reinas góticas, esculpidas en los monumentos de nuestras antiguas abadías. Su corpiño negro, adornado de azabaches, oprimia su esbelta cintura; su saya corta, estrecha y sin pliegues, descubria una torneada pierna y un lindo pié; una mantilla, negra tambien, envolvia su gentil cabeza, y con la mano izquierda cruzaba y cerraba su mantilla bajo la barba, de tal suerte que no se descubrian de su rostro sino los rasgados ojos y la sonrosada boca. Acompañábala una dueña, un escudero la precedia llevando en la mano un devocionario, y dos pajes adornados con sus colores, seguian á escasa distancia la bella incógnita, que se dirigia á la oracion matutina, á la que convocaba el tañido de la campana de un vecino monasterio.

Aben-Hamet creyó ver en aquella aparicion al ángel Israfil ó la mas jóven de las Hurís. No menos sorprendida miraba la española al Abencerraje, cuyo turbante, traje y armas daban nuevo realce á su apuesto continente. Repuesta de su primer asombro, hizo al extranjero una señal para que se acercara, con esa gracia y ese desembarazo que caracterizan á las mujeres de aquel país. «Señor moro, le dijo; paréceme sois recien llegado á Granada; ¿acaso os habeis extraviado?»

«Sultana de las flores, repuso Aben-Hamet; delicia de los ojos de los hombres, ¡oh esclava cristiana! mas hermosa que las vírgenes de la Georgia, tú lo has adivinado: soy extranjero en esta ciudad querida, y habiéndome perdido entre estos palacios, no he podido volver al kan de los moros. ¡Toque Ma-

homa tu corazon, y recompense tu hospitalidad!»

«Proverbial es la galantería de los moros, respondió la española con la mas dulce sonrisa; pero ni soy sultana de las flores, ni esclava, ni me satisface verme recomendada á Mahoma. Seguidme, señor caballero, y os acompañaré al kan de los moros.»

Y marchando con ligero paso delante del Abencerrage, le condujo hasta la puerta del kan, que le mostró con la mano, pasó á espaldas de un palacio, y desapareció.

¡De cuán poco depende la paz de nuestra vida! La patria no ocupa ya sola y por entero el alma de Aben-Hamet: Granada no es á sus ojos un desierto, una ciudad abandonada, viuda y solitaria: es mas cara á su corazon que antes, pues un nuevo prestigio embellece sus ruinas, porque al recuerdo de sus mayores mézclase ahora otro encanto. Aben-Hamet habia descubierto el cementerio en que descansaban las cenizas de los Abencerrages; pero al orar, al prosternarse, al derramar por su memoria filiales lágrimas, piensa que la jóven española ha pasado alguna vez sobre aquellos sepulcros, y sus antepasados, aunque difuntos, le parecen felices.

En vano intenta ocuparse exclusivamente de su peregrinacion al país de sus padres; en vano recorre las colinas del Darro y del Genil, para recolectar plantas al amanecer, pues la flor que ora busca es la hermosa cristiana. ¡Cuán inútiles esfuerzos ha hecho ya para volver á hallar el palacio de su encantadora! ¡Cuántas veces ha intentado volver á pasar las calles que le hiciera recorrer su divino guia! ¡Cuántas ha creido reconocer el tañido de aquella campana y el canto de aquel gallo que oyera no lejos de la morada de la peregrina española! Alucinado por iguales rumores, corre presuroso al paraje donde se escucharan; mas el mágico palacio no se presenta á su vista. Y acaeciale tambien que el uniforme traje de las granadinas le inspiraba una fugaz esperanza, porque á cierta distancia todas las cristianas se parecian á la señora de su corazon; y era el caso que miradas de cerca, ni una siquiera atesoraba su hermosura y sus gracias. Aben-Hamet habia recorrido las iglesias para descubrir la extranjera, y hasta habia penetrado en las sepulturas de Fernando é Isabel, siendo este el mas costoso sacrificio que hasta entonces hiciera en aras del amor.

Cierto dia herborizaba en el valle del Darro. La colina meridional sostenia en su florida pendiente las murallas de la Alhambra y los jardines del Generalife, y la septentrional estaba decorada por el Albaycin, por risueños vergeles y por grutas habitadas por un pueblo numeroso. A la extremidad occidental del valle descubríanse los campanarios de Granada, que descollaban agrupados sobre las encinas y los cipreses, y en la oriental veíanse sobre las crestas de los peñascos, conventos, ermitas, algunas ruinas de la antigua Iliberia, y allá en lontananza las erguidas cumbres de Sierra-Nevada. El Darro corria por el centro del valle y presentaba á lo largo de su corriente pintorescos molinos, sonoras cascadas, los rotos arcos de un acueducto romano, y los restos de un puente morisco.

Aben-Hamet no era á la sazon ni bastante desgraciado ni bastante dichoso para disfrutar de lleno los encantos de la soledad, por lo cual recorria distraido é indiferente aquellas encantadoras márgenes. Mas hé aquí que marchando á la ventura, y siguiendo una espesa alameda que rodeaba la colina del Abaycin, no tardó en mostrarse á sus ojos una casa de campo, rodeada de un bosquecillo de naranjos, en cuya inmediacion oyó los sonidos de una voz y una guitarra. Existen tan misteriosas relaciones entre la voz, el rostro y las miradas de una mujer, que nunca se equivoca en tales materias el hombre á quien el amor tiraniza. »¡Es mi hurí!» exclamó ébrio de gozo Aben-Hamet; y aplicando atento oido, con el corazon palpitante, los latidos de este se aceleraban al nombre de los Abencerrages, muchas veces repetido. La desconocida cantaba un romance castellano en que se pintaba la historia de los Abencerrages y Zegríes. Aben-Hamet no pudo resistir su emocion, y saltando una cerca de mirtos, fue á dar en medio de un grupo de apuestas y jóvenes damas, que asustadas á tan estraña y no prevista aparicion, apelaron á la fuga con no pequeña griteria. Mas, la española que acababa de cantar y que aun tenia la guitarra, exclamó, sin dar muestra alguna de susto: «¡Es el señor moro!» Y llamó á sus tímidas compañeras.» ¡Favorita de los genios! le dijo el gallardo Abencerraje, yo te buscaba como busca el árabe una fuente en los rigores del medio dia; he oido los ecos de tu guitarra, que celebraba los héroes de mi país, y habiendote adivinado en la dulzura de tus acentos, vengo á poner á tus plantas el corazon de Aben-Hamet.»

«Y yo, repuso doña Blanca, cantaba el romance de los Abencerrages, ocupada la mente en vos, porque despues de haberos visto, me he dado á imaginar que esos caballeros moros se os parecen mucho.»

Y un ligero carmin se esparció por las mejillas de Blanca, no bien hubo pronunciado tales palabras. Aben-Hamet se sintió inclinado á arrodillarse á los piés de la jóven cristiana y á declararle que era el último Abencerrage: detúvole empero un resto de prudencia, pues temia no sin razon que su nombre, harto célebre en Granada, inspirase recelos al gobernador. La guerra de los moriscos no habia terminado aun, y la presencia de un abencerrage en aquellos momentos podia despertar en los españoles fundados temores. Y no era que Aben-Hamet retrocediese ante peligro alguno, sino que se estremecia á la idea de verse obligado á alejarse para siempre de la hija de don Rodrigo.

Doña Blanca era vástago de una familia descendiente del Cid de Vivar y de Jimena, hija del conde Gomez de Gormaz. La posteridad del vencedor de Valencia la Hermosa, cayó, merced á la ingratitud de la córte de Castilla, en una extremada pobreza, y hasta se llegó á creer por espacio de algunos siglos que se habia extinguido: ¡tanta llegó á ser su inmerecida oscuridad! Pero en tiempo de la conquista de Granada, un último retoño de la alcurnia de los Vivar se hizo reconocer, menos en verdad por los títulos de su cuna que por el brillo de su valor. Por todo esto, despues de la expulsion de los infieles, Fernando otorgó al digno descendiente del Cid los bienes de muchas familias moras, y le hizo duque de Santa-Fe. El nuevo duque fijó su residencia en Granada, y murió, mozo aun dejando ya casado á don Rodrigo, su hijo único, y padre de Blanca.

Doña Teresa de Jerez, esposa de don Rodrigo, dió á luz un hijo que recibió al nacer el nombre de Rodrigo, como todos sus ascendientes; pero diósele tambien el de Carlos, para distinguirlo de su padre. Los grandes acontecimientos que don Carlos tuvo á la vista desde su mas tierna juventud, y los peligros de que se viera rodeado casi al salir de la infancia, contribuyeron poderosamente á hacer mas grave y rígido un carácter naturalmente inclinado á la austeridad. Contaba apenas catorce años don Carlos, cuando siguió á Cortés á Méjico, donde habia sufrido todos los peligros y sido testigo de todos los horrores de tan maravillosa aventura, presenciando la caida del último rey de un mundo hasta entonces desconocido. Tres años despues de tamaña catástrofe, don Carlos se habia hallado en Europa en la batalla de Pavía, como para ver sucumbir el honor y el denuedo coronados, á los golpes de la contraria fortuna. La vista de un nuevo universo, los dilatados viajes por aun no recorridos mares, el espectáculo de grandes revoluciones y vicisitudes de la suerte, habian impresionado enérgicamente la imaginacion religiosa y melancólica de don Carlos, que habiendo entrado en la órden de caballería de Calatrava, y renunciando al matrimonio á pesar de los ruegos de

don Rodrigo, destinaba todos sus bienes á su hermana.

Blanca de Vivar, hermana única de don Carlos, y mucho mas jóven que él, era el ídolo de su padre; y habiendo perdido á su madre, habia cumplido diez y ocho años cuando Aben-Hamet se presentó en Granada. Todo era seduccion en aquella mujer encantadora: su voz era embriagadora, su baile mas leve que el céfiro; ora se complacia en guiar un carro, como Armida; ora volaba sobre el mas veloz corcel de Andalucía, como las hadas fantásticas que se aparecian á Tristan y á Galaor en los bosques. Atenas la hubiera tomado por Aspasia, y París por Diana de Poitiers que empezaba á brillar en la córte. Empero á los encantos de una francesa reunia las pasiones de una española, y su natural coqueteria en nada destruia el aplomo, la constancia, la fuerza y la elevacion de los sentimientos.

Don Rodrigo habia acudido presuroso á los gritos en que habian prorrumpido las jóvenes españolas cuando Aben-Hamet se lanzo al jardin. «Padre mio, dijo Blanca, ved aquí al señor moro de quien os he hablado y que habiéndome oido cantar me ha reconocido, y ha entrado en el jardin para darme gracias por haberle enseñado su camino.»

El duque de Santa-Fe recibió al Abencerrage con esa cortesanía grave, y no obstante sencilla, propia de los españoles. No se advierte en esta nacion ninguna de esas maneras serviles, ninguna de esas frases que revelan la bajeza de los pensamientos y la degradacion del alma. El lenguaje del gran señor es igual al del rústico, igual el saludo, iguales los cumplimientos, las costumbres y usanzas. Y así como la confianza y la generosidad de este pueblo para con los extranjeros no conocen límites, así es terrible su venganza cuando se abusa de su buena fe, pues está dotado de un valor heróico y de una paciencia á toda prueba, incapaz de ceder á la adversa fortuna, siéndole preciso dominarla ó dejarse abrumar por ella. Tiene poco de lo que se llama genio, pero sus exaltadas pasiones suplen en él esa luz que procede de la delicadeza y la profusion de ideas. Un español que pasa el dia sin hablar, que nada ha visto, que nada anhela ver, que nada ha leido, estudiado ó comparado, hallará siempre en la grandeza de sus resoluciones los recursos de que haya menester en el momento del infortunio.

Era el dia natalicio de don Rodrigo, y Blanca obsequiaba á su padre con una pequeña fiesta en aquella encantadora soledad. El duque de Santa-Fe invitó á Aben-Hamet á sentarse entre las jóvenes, que miraban con cierta extrañeza su turbante y su traje. Trajéronse tapices de terciopelo, y el Abencerrage se sentó sobre ellos á la usanza mora; dirigiéronle luego varias preguntas acerca de su país y sus aventuras, á las que respondió con ingenio y jovialididad. Hablaba el mas castizo castellano, y hubiérase podido tomarle por tal, si en vez del tratamiento *vos* no usará casi siempre el de *tú*, palabra tan dulce en sus labios, que Blanca no podia hacerse superior á un oculto despecho cuando se dirigia á alguna de sus compañeras.

Presentáronse numerosos sirvientes; quienes traian chocolate, variadas frutas, y azucarillos de Málaga, tan blancos como la nieve, y tan porosos y ligeros como la esponja. Terminado el refresco, pidióse á Blanca que ejecutara algun baile nacional, en que excedia á las mas hábiles gitanas, y cedió al fin á los ruegos de sus amigas. Aben-Hamet habia guardado silencio, pero sus miradas suplicantes decian bien lo que sus labios no osaban solicitar. Blanca eligió una zambra, baile lleno de expresion, tomado de los moros por los españoles.

Una de las jóvenes empezó á tocar en la guitarra la danza morisca, y la hija de don Rodrigo desembarazándose del velo, ató á sus blancas manos unas castañetas de ébano. Sus negros cabellos caian en leves rizos sobre el alabastrino cuello; sus labios y sus ojos sonreian de acuerdo, y su tez se animaba á los latidos de su corazon. De improviso hace resonar el ébano excitador, marca tres veces el compás, entona el canto de la zambra, y uniendo su voz á las armonías de la guitarra, parte como un relámpago.

¡Qué variedad en sus pasos! ¡qué elegancia en sus actitudes! Ora levanta sus brazos con viveza, ora los deja caer con languidez; agítase algunas veces como ébria de placer, ó se retira como abrumada de dolor; vuelve la cabeza, parece llamar á alguna persona oculta, alarga con modestia la sonrosada mejilla al beso de un nuevo esposo, huye ruborosa, torna radiante y consolada, marcha con paso noble y casi guerrero, y gira de nuevo sobre el lozano césped. La armonía de sus pasos, de sus cantos y de los sonidos de la guitarra, era completa. La voz de Blanca ligeramente apagada, tenia ese timbre que subleva las pasiones en el fondo del alma. La música española, compuesta de suspiros, de movimientos vivos, de estribillos tristes y de cantos súbitamente interrumpidos, ofrece una mezcla extraña de regocijo y melancolía. Aquel baile y aquella música fijaron irrevocablemente el destino del último Abencerrage: y en verdad hubieran bastado á conmover un corazon menos lastimado que el suyo.

La reunion volvió al llegar la noche á Granada, por el valle del Darro. Don Rodrigo, en extremo complacido de las maneras nobles y delicadas de Aben-Hamet, no quiso separarse de él sin pedirle volviese algunas veces á entretener á Blanca con las maravillosas relaciones del Oriente. El moro, que no deseaba otra cosa, aceptó gozoso la cordial invitacion del duque de Santa-Fe, y al dia siguiente se encaminó al palacio donde respiraba la mujer á quien amaba mas que á la luz del sol.

No tardó Blanca en sentir una vehemente pasion, por la imposibilidad misma en que se juzgaba de satisfacerla, puesto que amar á un infiel, á un moro, á un desconocido, le parecia tan raro, caso que no tomó precaucion alguna contra el veneno que empezaba á circular por sus venas; mas no bien echó de ver las consecuencias de su mal, lo aceptó como una verdadera española. Los peligros y las penas que desde luego entrevió no fueron parte á hacerla retroceder del borde del abismo, ni á que entrara en consultas con la fria razon; todo su cálculo se redujo á decirse á sí misma: «Sea Aben-Hamet cristiano, correspóndame, y le seguiré á los confines del orbe.»

Y era el caso que el Abencerrage experimentaba asimismo todo el poder de una pasion irresistible; viviendo pues únicamente para Blanca, no se curaba ya de los proyectos que le llevaran á Granada; y aunque le era fácil procurarse los datos que habia ido á buscar, habíase desvanecido á sus ojos todo interés extraño á su amor, y hasta temia las noticias que hubieran podido introducir alguna mudanza en su género de vida. Nada inquiria, nada anhelaba saber, y todos sus planes se compendiaban en este sencillo raciocinio: «sea Blanca musulmana, correspóndame y la serviré hasta mi postrer aliento.»

Firmes, pues, en su generosa resolucion, Aben-Hamet y Blanca solo esperaban un momento oportuno para descubrirse sus sentimientos. En uno de los dias de la mas deliciosa estacion del año, la hija del duque de Santa-Fe dijo al Abencerrage: «No habeis visto aun la Alhambra, y si he de dar crédito á ciertas palabras que habeis indeliberadamente pronunciado, vuestra familia es oriunda de Granada. ¿Os complaceria visitar el palacio de los antiguos reyes moros? Si así es, quiero serviros de guia esta tarde.»

Aben-Hamet juró cordialmente por el Profeta que ningun paseo podia serle mas agradable.

Habiendo llegado la hora señalada para la excursion á la Alhambra, la hija de don Rodrigo montó una ha-

canea blanca, acostumbrada á trepar las rocas cual una ágil cabra. Aben-Hamet acompañaba á la brillante española, caballero sobre un alazan andaluz enjaezado á la turca. En la rápida carrera del jóven moro, su alquicel de púrpura se inchaba á su espalda, su corvo alfange resonaba en la alta silla, y jugueton el viento agitaba el airoso penacho de su turbante. Admirado el pueblo de su gentileza y apuesto ademan, decia al verle pasar: «Ese es un príncipe infiel, á quien doña Blanca va á convertir.»

Siguieron primero una larga calle, que conservaba aun el nombre de una ilustre familia mora, y que terminaba en el recinto exterior de la Alhambra; atravesaron luego un bosque de olmos, y llegando á una fuente, halláronse en breve delante del recinto interior del palacio de Boabdil. Abríase en una muralla flanqueada de torres y coronada de almenas, una puerta llamada la *Puerta del Juicio*: saludáronla, y entraron en un camino estrecho que serpenteaba, por decirlo así, entre altas murallas y medio arruinadas barracas. Este camino les condujo á la plaza de los Algibes, en cuyas inmediaciones hacia construir á la sazon Carlos V un palacio. Volviendo desde allí hácia el Norte, se detuvieron en un patio desierto al pié de una muralla sin adorno alguno y maltratada por el tiempo. Aben-Hamet, apeándose con extraña celeridad, ofreció su mano á Blanca para que bajase de su hacanea. Los criados que les seguian llamaron á una puerta abandonada, cuyo umbral obstruia la yerba; abrióse, y dejó ver los ocultos recintos de la Alhambra.

Todos los encantos, todos los recuerdos de la patria, mezclados á los prestigios del amor, asaltaron el corazon del último Abencerrage. Inmóvil y mudo, recorria con atónitas miradas aquella mansion de los genios, y se creia trasladado á la entrada de uno de esos palacios cuyas descripciones leemos en los cuentos árabes. Ofrecíanse por donde quiera á los ojos de Aben-Hamet ligeras galerías, canales de mármol blanco, bordados de limoneros y de naranjos en flor, sonoras fuentes y solitarios patios; y á través de las dilatadas bóvedas de los pórticos descubríanse nuevos laberintos y nuevas maravillas, al paso que el azul del mas hermoso cielo se dejaba ver entre las columnas que sostenian una larga serie de arcos góticos. Las paredes cargadas de arabescos, se asemejaban á esas telas de Oriente que borda en el hastio del harem el ingenioso capricho de una esclava. La voluptuosidad, la religion y el espíritu guerrero respiraban en aquel magnífico edificio, especie de santuario del amor, misterioso retiro donde los reyes moros disfrutaban de todos los placeres, y olvidaban todos los deberes de la vida.

Despues de algunos instantes de sorpresa y silencio, los dos amantes entraron en aquella morada del poder desvanecido y de las pasadas felicidades. Primero dieron la vuelta á la sala de los Mesucar, en medio del perfume de las flores y de la frescura de las aguas, y luego penetraron en el patio de los Leones: la emocion de Aben-Hamet aumentaba por momentos «Sino inundases mi alma de delicias, dijo al fin á Blanca, ¡con cuánta amargura me veria obligado á pedirte, á tí, española, la historia de estos encantados asilos! ¡Ah! ¡Estos lugares han sido fabricados para servir de templo á la felicidad, en tanto que yo.....!

Al decir esto, Aben-Hamet vió el nombre de Boabdil incrustado en unos mosáicos: «¡Oh rey mio! exclamó; ¿qué es de tí? ¿Dónde te hallaré en tu desierta Alhambra?» Y las lágrimas de la lealtad y del honor anegaron los ojos del jóven moro. «Vuestros antiguos señores, ó por mejor decir, los reyes de vuestros padres, fueron unos ingratos,» dijo Blanca.— «¿Qué importa, repuso el Abencerrage, si fueron tan desgraciados?»

Esto dicho, Blanca le condujo á un gabinete que parecia ser el santuario del amor. Nada igualaba la elegancia de aquel asilo; la bóveda entera, pintada de azul y oro, y compuesta de arabescos á cielo abierto, daba paso á la luz como á través de un tejido de flores. Una bulliciosa fuente brotaba en medio del edificio, y sus aguas, que bajaban á manera de menudo rocio, caian en una vistosa concha de alabastro. «Aben-Hamet, dijo la hija del duque de Santa-Fe, mira bien esta fuente, que recibió las desfiguradas cabezas de los Abencerrages. Aun ves sobre el mármol las manchas de la sangre de los desgraciados á quienes Boabdil sacrificó á sus crueles sospechas; porque así se trata en tu país á los seductores de las mujeres crédulas.»

Empero Aben-Hamet no escuchaba ya á Blanca, pues habiéndose arrodillado, besaba con respeto las señales de la sangre de sus antepasados; levantóse á poco y exclamó entusiasta: «¡Oh Blanca! te juro por la sangre de estos caballeros, amarte con la constancia, la fidelidad y la vehemencia de un abencerrage.»

«¿Me amais? replicó con viveza Blanca uniendo sus manos, y levantando al cielo sus miradas. Pero, ¿habeis pensado que sois un infiel, un moro, un enemigo, y que yo soy cristiana y española?

«¡Oh, santo profeta! repuso Aben-Hament, sé testigo de mi juramento...!» Blanca le interrumpió, y le dijo: «¿Qué asenso podré conceder á los juramentos de un perseguidor de mi Dios? ¿Sabeis si os amo? ¿Quién os ha autorizado para usar conmigo semejante lenguaje?»

Aben-Hamet respondió consternado: «¡Es verdad! solo soy tu esclavo, puesto que aun no has hecho de mí tu caballero.»

«¡Moro! respondió Blanca; abandona la astucia; harto has leido en mis ojos que te amo; la pasion que me inspiras es ilimitada; sé, pues, cristiano, y nada podrá impedirme ser tuya Mas, si la hija del duque de Santa-Fe se atreve á hablarte con tanta franqueza, debes juzgar por esta misma causa que sabrá dominarse, y que nunca, nunca un enemigo de los cristianos tendrá derecho alguno sobre ella.»

Aben-Hamet, en un arranque de pasion, tomó las manos de Blanca, las puso sobre su turbante y luego sobre su corazon, exclamando: «Alá es poderoso, y feliz Aben-Hamet! Conozca tu ley esta cristiana, y nada podrá...—¡Blasfemo! dijo Blanca ¡alejémonos de aquí!»

Esto dicho, se apoyó en el brazo del moro, y se acercó á la fuente de los Doce-Leones, que da su nombre á uno de los patios de la Alhambra. «Extranjero! dijo la sencilla española, cuando miro tu traje, tu turbante y tus armas, y pienso en nuestros amores, paréceme ver la sombra del gallardo abencerrage, paseando este abandonado retiro con la desventurada Alfaïma. Descíframe la inscripcion árabe grabada sobre el mármol de esta fuente.»

Aben-Hamet leyó estas palabras;

La bella princesa que pasea, cubierta de perlas, en su jardin, aumenta tan prodigiosamente su hermosura... El resto de la inscripcion estaba borrado.

«Esta inscripcion ha sido escrita para tí, sultana amada, dijo Aben-Hamet; nunca estos palacios se ostentaron tan hermosos en su juventud, cual se muestran hoy en sus ruinas. Escucha el blando rumor de las fuentes cuyas aguas ha desviado el musgo; mira esos jardines que se divisan á través de estas arcadas medio derruidas; contempla el astro del dia que se oculta mas allá de todos esos pórticos: ¡cuán dulce es vagar contigo por estos lugares! Tus palabras embalsaman estos asilos, como las rosas del himeneo. ¡Con qué encanto reconozco en tu lenguaje algunos acentos del idioma de mis padres! El ligero roce de tu vestido sobre estos mármoles me causa un delicioso estremecimiento; el ambiente debe sus perfumes al leve contacto de tus cabellos. Eres hermosa como el genio de mi patria en medio de estas ruinas. Pero; ¿puede Aben-Hamet prometerse fijar tu corazon? ¿Qué es á tu lado? Ha recorrido los montes con su padre, y conoce las plantas del desierto..... mas, ¡ah! no hay una sola que baste á curarle de la herida que le has causado; lleva armas, y sin embargo, no es caballero. Yo, me decia en otro tiempo: «El agua del mar que duerme al abrigo del »viento en la concavidad de un peñasco, se muestra »sosegada y muda en tanto que en su derredor la an»churosa mar se agita con estruendo. ¡Aben-Hamet! »así se deslizará tú existencia, silenciosa, tranquila, »ignorada en un rincon de desconocida tierra, mien»tras la córte del sultan se verá conmovida por las »tempestades de la ambicion.» Esto me decia interiormente, jóven cristiana; pero tú me has demostrado que la tormenta puede agitar tambien la gota de agua dormida en la concavidad de un peñasco.»

Extasiada escuchaba Blanca este lenguaje, nuevo para ella; lenguaje cuyo giro oriental se adaptaba tan maravillosamente á la mansion de las hadas que con su amante recorria. El amor penetraba sin resistencia en su corazon; sentia vacilar sus rodillas y se veia precisada á apoyarse mas fuertemente en el brazo de su apasionado guia. Aben-Hamet sostenia la dulce carga y repetia marchando: «Ah! ¿por qué no soy un brillante abencerrage?»

—En ese caso os amaria menos, dijo Blanca; porque me sentiria mas atormentada é inquieta: permaneced en la oscuridad y vivid para mí, pues es harto frecuente que un famoso caballero olvide el amor por la celebridad.

—No tendrias que temer semejante peligro, replicó con viveza Aben-Hamet.

—¿Y cómo me amariais si fueseis un abencerrage? preguntó la descendiente de Jimena.

—Te amaria, respondió el moro, mas que á la gloria y menos que al honor.

El sol se habia ocultado en el horizonte durante el paseo de los dos amantes, que habian recorrido toda la Alhambra. ¡Qué recuerdos se habian presentado á la imaginacion de Aben-Hamet! Aquí la sultana recibia por medio de unos respiraderos el humo de los perfumes que á su planta se quemaban; allí, en aquel apartado asilo, se ataviaba con todas las pompas del Oriente. Y Blanca, una mujer adorada, referia estos pormenores al apuesto jóven á quien idolatraba.

La luna se levantó y esparció su dudosa claridad en los abandonados santuarios y los desiertos pavimentos de la Alhambra. Sus plateados rayos dibujaban sobre el césped de los vergeles y en las paredes de las salas los caprichosos perfiles de una arquitectura áerea, las bóvedas de los corredores, la movible sombra de las saltadoras aguas y la de los arbustos mecidos por el céfiro. Cantaba el ruiseñor en un ciprés que atravesaba las cúpulas de una ruinosa mezquita, y los ecos repetian sus amorosas quejas. Aben-Hamet escribió á la claridad del astro de la noche el nombre de Blanca en los mármoles de la sala de las Dos-Hermanas, y lo trazó en caracteres árabes, para que el viajero adivinase un misterio mas en aquel palacio de los misterios.

«Moro, dijo Blanca, estos lugares son crueles; huyamos de ellos El destino de mi vida es irrevocable; graba pues en tu memoria estas palabras: Musulman, seré tu amante sin esperanza; cristiano, seré tu esposa feliz.»

Aben-Hamet respondió: «Cristiana, seré tu desconsolado esclavo; musulmana, seré tu afortunado esposo.»

Y los nobles amantes salieron de aquel peligroso palacio.

La pasion de Blanca aumentaba de dia en dia, y la de Aben-Hamet se acrecentaba con la misma violencia. Causábale tal encanto verse amado por sí solo, y no deber á ninguna causa extraña los sentimientos que inspiraba, que no reveló el secreto de su nacimiento á la hija del duque de Santa-Fe, pues se gozaba en el delicado placer de participarle que llevaba un nombre ilustre, el dia mismo en que accediese á hacerle señor de su mano Pero fue súbitamente llamado á Túnez, porque su madre, acometida de una enfermedad mortal, queria abrazarle y bendecirle antes de espirar. Aben-Hamet se presentó en el palacio de Blanca y la dijo: «Sultana, mi madre, próxima á la muerte, me pide vaya á cerrar sus ojos. ¿Me conservarás tu amor?»

—¡Me abandonas! respondió Blanca, palideciendo. ¿Tornaré á verte?

—¡Ven! dijo Aben-Hamet; quiero exigirte un juramento y hacerte otro que solo la muerte podrá romper. ¡Sígueme!

Salieron en efecto, y á poco llegaron á un antiguo cementerio moruno, donde se veian esparcidas sin órden algunas pequeñas columnas fúnebres, en cuyo derredor habia en otro tiempo representado el escultor un turbante, que mas tarde remplazaron los cristianos con una cruz. Aben-Hamet llevó á Blanca al pié de aquellas columnas, y le dijo:

—¡Blanca! aquí descansan mis antepasados: yo te juro por sus cenizas amarte hasta el dia en que el ángel del Juicio me llame al tribunal de Alá; te prometo no entregar mi corazon á otra mujer, y tomarte por esposa cuando hayas conocido la santa luz del Profeta. Todos los años regresaré á Granada en esta época, para ver si me has guardado fe, y si quieres renunciar á tus errores.

—Y yo, respondió Blanca, anegada en lágrimas, te esperaré todos los años; te guardaré hasta mi último suspiro la fe que te he jurado, y te recibiré por mi esposo cuando el Dios de los cristianos, mas poderoso que la mujer que te ama, haya tocado tu infiel corazon.

Aben-Hamet partió, y los vientos le llevaron á las costas africanas; su madre acababa de espirar, y el jóven héroe abrazó llorando su lecho mortuorio. Los meses se deslizan rápidos; y, ora vagando entre las ruinas de Cartago, ora sentado sobre el sepulcro de San Luis, el desterrado Abencerrage recuerda impaciente el dia en que debe volver á Granada. Este dia brilla al fin, y Aben-Hamet dirige á Málaga la proa de su nave. ¡Con qué arrebato, con qué alegría, no ajena de temor, descubre los primeros promontorios de España! ¿Le esperará Blanca en aquellas costas? ¿Se acordará aun del oscuro árabe que no cesó de adoraria bajo la palmera del desierto?

La hija del duque de Santa-Fe no era infiel á sus juramentos. Habiendo pedido á su padre que la llevase á Málaga, seguia con la vista, desde lo alto de las montañas que ceñian la inhabitada playa, los lejanos bajeles y las fugitivas velas. Cuando rugian las tempestades, contemplaba con crueles zozobras el mar concitado por los vientos, siéndole entonces grato perderse con la fantasía en las nubes, exponerse en los lugares peligrosos, sentirse bañada por las mismas olas y envuelta en los mismos torbellinos que amenazaban los dias de Aben-Hamet. Cuando veia la chillona gaviota desflorar las olas con sus grandes y corvas alas, y volar hácia las playas africanas, la hacia mensajera de todas esas palabras de fuego y de todos esos votos fervientes que brotan de un corazon devorado por el amor.

Vagando cierto dia por las arenas de la playa, descubrió una larga barca, cuya alta popa, inclinado mástil y vela latina, anunciaban el elegante genio de los moros. Blanca corre al puerto y poco despues ve entrar la embarcacion berberisca, que convertia en blanca espuma las olas á la rapidez de su curso. Un moro vestido con un soberbio ropaje, se mostraba en pié en la proa, y á su espalda dos esclavos negros